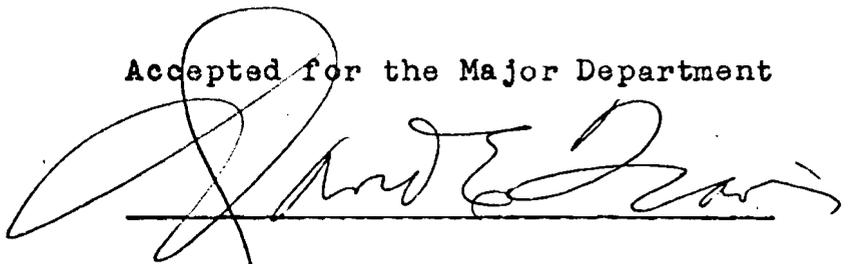


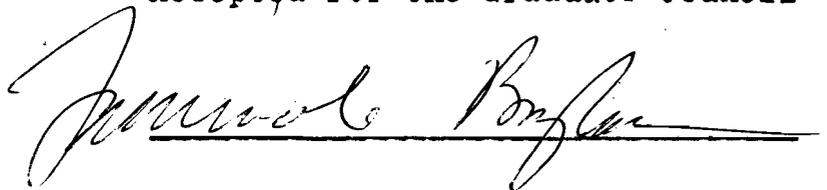
Th
M

Accepted for the Major Department



A handwritten signature in cursive script, written over a horizontal line. The signature is highly stylized and difficult to decipher, but appears to be a name.

Accepted for the Graduate Council



A handwritten signature in cursive script, written over a horizontal line. The signature is highly stylized and difficult to decipher, but appears to be a name.

303169

7

RECONOCIMIENTO

Deseo dejar constancia de mi agradecimiento a mis queridos profesores, Dr. David Travis, Oscar Hernández y Connie Patton, por sus valiosos consejos y orientaciones, en el estudio y realización de este trabajo sin cuya cooperación mis esfuerzos hubieran sido baldíos.

M. L. M.

TABLA DE CONTENIDOS

CAPITULO	PAGINA
I. INTRODUCCION	1
II. BIOGRAFIA	4
III. CARACTERISTICAS GENERACIONALES EN LAS NOVELAS	
DE LA PRIMERA SERIE	11
<u>A.M.D.G. La vida en un colegio de</u>	
<u>jesuitas</u>	12
<u>Tinieblas en las cumbres</u>	22
<u>La pata de la raposa</u>	30
<u>Troteras y danzaderas</u>	40
IV. LOS SENDEROS POETICOS	52
<u>La paz del sendero</u>	53
<u>El sendero andante</u>	59
V. SUMARIO Y CONCLUSIONES	72
BIBLIOGRAFIA	76

CAPITULO I

INTRODUCCION

En 1898 caen de las manos de España los restos de su antiguo imperio colonial. Con la firma del tratado de París, queda al descubierto su verdadera situación de potencia de segundo orden.

Inexplicablemente, la noticia de la pérdida del último reducto de sus pasadas glorias, deja indiferente a la mayoría del pueblo español.

Esta es la situación que confronta un grupo de hombres a los cuales se les llamará luego "generación del noventa y ocho." Los más viejos, como Unamuno y Ganivet, habían empezado a escribir antes del 98. Los más jóvenes, se irían revelando en los primeros años del 1900.

Estos jóvenes intelectuales, sin ninguna asociación personal, con diferentes puntos de vista estéticos y políticos, tenían algo en común. Compartían una preocupación por el estado de España. Consideraban que la crisis del 98, había llevado al país a un estado de alarmante decadencia. Y se propusieron analizar las causas de ésta.

Este análisis les planteó numerosas preguntas históricas, artísticas, filosóficas y personales: "¿Está

todo moribundo?" . . . "¿Qué se puede hacer?" . . .

"¿Cuál es su mal?"

Ganivet cree conocer el nombre de la dolencia:

Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay y de difícil curación), diría que la enfermedad se designa con el nombre de "no querer," o en términos más científicos, por la palabra griega "aboulia," que significa eso mismo, "extensión o debilitación grave de la voluntad."¹

Para ahondar en el origen del mal, estos hombres van a buscar el alma de España en su historia, en su tradición, en la lengua. Y es en el paisaje árido y seco de Castilla, donde creen encontrarla.

Esta búsqueda dolorosa, se traduce en rasgos comunes a la literatura del grupo: un profundo pesimismo, un acerbo escepticismo, sobre todo, respecto a la religión y a la política tradicional, y un estado de abulia o enfermedad de la voluntad.

El estudiante de literatura española, interesado en conocer la relación que existe entre don Ramón Pérez de Ayala, y la generación del 98, no encontrará una opinión concluyente. Como en toda la materia relativa a dicha generación, hallará una enorme discrepancia.

¹Angel Ganivet, "¿Qué se puede hacer?" Obras completas, en Dolores Franco, España como preocupación (Madrid: Ed. Guadarrama, 1944), p. 317.

La mayoría de los autores, niegan a Ayala toda relación con los noventayochistas. Otros, le sitúan en una posición intermedia, entre la generación del 98 y la siguiente. Unos pocos, en fin, consideran al autor de La pata de la raposa, como uno de sus más legítimos representantes.

En este trabajo, se tratará de demostrar que en la obra literaria de Pérez de Ayala, sobre todo, en la primera época del autor, están presentes las cualidades que caracterizan a los escritores de la generación del 98.

La obra literaria de Ayala se divide en dos ciclos, claramente delimitados, con una etapa transitoria. El primero de estos ciclos, lo forman cuatro novelas, en gran parte realistas y autobiográficas: Tinieblas en las cumbres (1907), A.M.D.G. (1910), La pata de la raposa (1912), y Troteras y danzaderas (1913).

Para confirmar esta tesis, se analizarán estas cuatro novelas de la serie. Se utilizarán también algunos de sus ensayos. Por último, se incluirán también algunas de las poesías contenidas en los poemas La paz del sendero y El sendero andante.

Por medio de este estudio, se pretende confirmar la validez de las opiniones críticas de los que incluyen a Ramón Pérez de Ayala entre los miembros de la generación de 1898.

CAPITULO II

BIOGRAFIA

Lo recuerdo . . . Un pintor me lo retrata
no en el lino, en el tiempo. Rostro enjuto,
sobre el rojo manchón de la corbata,
bajo el amplio sombrero; resolute

el ademán, y el gesto petulante
-un sí es no es-de mayorazgo en corte;
de bachelor en Oxford, o estudiante
en Salamanca, señorial el porte.

Gran poeta, el pacífico sendero
cantó que lleva a la asturiana aldea;
el mar polisonoro y sol de Homero

le dieron ancho ritmo, clara idea;
su inmenso camino el mar ibero
su propio navegar, propia Odisea.

Antonio Machado. ¹

Este magnífico retrato literario de Ramón Pérez de Ayala, de donde surge con gran plasticidad su figura, es de gran utilidad en este capítulo. La biografía de este escritor, no ha recibido mucha atención por parte de la crítica.

Por eso antes se dijo que el soneto de Machado es necesario aquí: "resoluto" . . . "gesto petulante" . . . "señorial el porte," Perfil aristocrático de burgués acomodado, sin grandes problemas. Tal vez esto pruebe

¹Antonio y Manuel Machado, Obras completas (Madrid: Ed. Plenitud, 1948), p. 1110.

la falta de interés en su biografía. Algunos autores dan erróneamente 1881 como el año de su nacimiento. Entre ellos, Angel del Río² y María de Maeztu.³ La fecha exacta la da su biógrafo Francisco Agustín: Ayala "nació el 9 de agosto de 1880,"⁴ en Oviedo, Asturias. La amistad que le profesó a Pérez de Ayala el autor de la monografía Ramón Pérez de Ayala, su vida y obras, brinda autenticidad a este dato, confirmado después por otros autores.

Ayala no habla mucho de sus padres. Sólo aparecen algunas referencias a ellos, en su libro de poesías El sendero innumerable. A este respecto, Agustín sólo dice que su padre era de "tierras de Campos: un godo. Su madre era "celta," y añade "rastros góticos es su adhesión a las ideas generacionales y desinteresadas, y rasgo celta, su imaginación poética."⁵

A la edad de ocho años, Ayala ingresa en el colegio de jesuitas del convento de San Zoil en Carrión de los Condes, donde tuvo como profesor al eminente historiador

²Angel del Río, Historia de la literatura española (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963), p. 315.

³María de Maeztu, Antología siglo XX, prosistas españoles (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1952), p. 212.

⁴Francisco Agustín, Ramón Pérez de Ayala, su vida y obras (Madrid: Espasa-Calpe, 1927), p. 16.

⁵Ibid., pp. 1-2.

y filólogo don Julio Cejador, amigo de la familia. De Carrión de los Condes pasó a estudiar a Gijón, al colegio de jesuitas de la Inmaculada Concepción. Los años pasados en este centro de enseñanza, le inspiran más adelante su novela autobiográfica A.M.D.G.

A pesar del recuerdo amargo que Ayala guarda de los jesuitas, es innegable que a ellos debe el cimiento de su formación humanista. Allí comenzó el estudio del latín y del griego; se fomentó su interés en la historia y la literatura. Lee a los clásicos y comienza a escribir poesías.

Esta época parece también decisiva en cuanto a su configuración psicológica. Bajo la rígida disciplina jesuítica, se moldea un temperamento agudo, irónico, mordaz a veces. Como señala Salvador de Madariaga, "un intelecto de excelente acero, que los jesuitas, sus maestros, se cuidaron de afilar, bien ajenos de que serían los primeros en sentir su terrible filo."⁶

A los quince años, se matricula en la universidad de Oviedo. Comienza los estudios de ciencias, que abandona luego por el derecho. Aquí tiene el privilegio de contar con profesores de tanto prestigio como Leopoldo Alas,

⁶Salvador de Madariaga, Semblanzas literarias (Barcelona: Ed. Cervantes, 1924), p. 110.

"Clarín," Rafael Altamira y Melquiádes Alvarez. Del progresista ambiente universitario, y de sus profesores, ha dejado constancia en sus ensayos.

Con la publicación del cuento El otro padre Francisco (1902), inicia su carrera literaria. En 1903 publica La paz del sendero, primera obra poética, que recoge elogios de Rubén Darío.

En 1906 publica la novela corta Artemisa, y en 1907, su primera novela formal, Tinieblas en las cumbres, bajo el seudónimo de "Plotino Cuevas." En este tiempo, su nombre comienza a ganar reputación dentro del campo periodístico.

Para ampliar sus estudios, se traslada a Londres. Poco tiempo después, recibe la noticia del suicidio de su padre, y de la bancarrota familiar. De esta etapa, se encuentran huellas en sus poesías. En El sendero innumerable lo recuerda:

Tres meses duró el viaje.
 Porque era castellano viejo,
 nacido en tierra de Campos, mi padre amaba el mar.

Creo verte padre mío,
 la noble cabeza, de blancos cabellos;
 los ojos veraces, profundos, atentos;

los labios, que nunca albergaron
 palabrasvana o falso juramento.
 Saliste al paso a la muerte.

- - - - -
 Y ahora, por las rutas del mundo
 en busca del tesoro verdadero:

la mujer semejante a mi madre,
para mi esposa. A ver si la encuentro.⁷

Estos versos, que contienen una de las pocas referencias a sus padres, demuestran también que en el momento de escribirlos (1908), el autor no estaba aún casado. Sobre la esposa de Ayala, sus biógrafos sólo dicen que era norteamericana de origen. Se casaron en Florencia y tuvieron dos hijos.

La muerte del padre, le obliga a tomar en serio lo que hasta entonces había sido pasatiempo y recreo. Su nombre aparece firmando numerosos ensayos y artículos periodísticos, tanto de España, como del extranjero.

Durante la primera guerra mundial, escribió, en calidad de corresponsal de guerra para La prensa de Buenos Aires, desde el frente italiano.

J. García Mercadel ha hecho un gran servicio a los seguidores de la obra periodística de Ayala, con la recopilación en cuatro volúmenes, de artículos y ensayos que se encontraban dispersos en diversas publicaciones periodísticas, tanto de España, como extranjeras.

En 1907 publica La pata de la raposa, y en 1912 Troteras y danzaderas. Con ellas termina también la

⁷Ramón Pérez de Ayala, "El sendero innumerable," Poesías completas (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1951), pp. 136-138. En lo sucesivo al nombrar esta obra, se dará el número de la página en paréntesis.

primera etapa realista de su producción. El período intermedio, lo constituyen las "novelas poemáticas," que forman parte del volumen Prometeo, publicado en 1916.

En este mismo año, ve la luz el segundo de sus poemas, El sendero innumerable, canto al mar, de un estilo más filosófico y simbólico que el primero. El sendero andante aparece en 1921. César Barja ve en este último libro de poemas, una fechada transición, considerando El sendero innumerable, pese a las primicias de publicación, como una obra de madurez.⁸

En el año 1917, Ayala termina la primera parte de Las máscaras, serie de ensayos sobre Galdós y otros autores. La segunda se publica en 1919. Los ensayos de este volumen, contienen las teorías estéticas del autor.

La segunda parte de la obra literaria de Ayala, comienza en 1921, con la publicación de Belarmino y Apolonio. Para muchos críticos, esta novela es la más acabada y representativa de sus obras.

A Belarmino y Apolonio sigue, en 1922, El ombligo del mundo, libro compuesto de cinco novelas cortas, todas de carácter predominantemente regionalista. En 1923, aparecen los dos tomos de la novela Luna de miel, luna

⁸César Barja, Libros y autores contemporáneos (New York: Las Americas Publishing Co., 1964), pp. 455-457.

de hiel y su segunda parte Los trabajos de Urbano y Simona, versión moderna del mito de Dafnis y Cloe. En esta obra, el autor somete a una severa crítica la actitud de la iglesia y de la sociedad en relación con la educación sexual.

En 1927 salen a la luz los dos tomos Tigre Juan y El curandero de su honra, considerada como la obra maestra de Ayala por muchos críticos. A partir de esta fecha, en pleno triunfo literario, termina inexplicablemente la carrera literaria de este autor.

En 1928 Ayala es nombrado Académico de la Real Academia de la Lengua Española. Al derrocar la Monarquía, en 1931, suscribe un llamamiento para formar la "Agrupación de Intelectuales al servicio de la República." Poco después es nombrado Embajador de España en Londres.

En 1936, dimite su cargo y se traslada a Argentina, donde permanece hasta 1954, año en que regresa a España.

La muerte de Ramón Pérez de Ayala, ocurrida en España el año 1962, representa, sin duda, una gran pérdida para las letras españolas.

CAPITULO III

CARACTERISTICAS GENERACIONALES EN LAS NOVELAS DE LA PRIMERA SERIE

En un prólogo escrito en 1942, para la edición argentina de su novela Troteras y danzaderas, Ramón Pérez de Ayala dice que sus primeras cuatro novelas--Tinieblas en las cumbres, A.M.D.G., La pata de la raposa y Troteras y danzaderas--fueron planeadas como parte de una serie conexas de obras en prosa.

Esta serie tendría por objeto desarrollar su versión personal de la "crisis de la conciencia hispánica desde principios de este siglo." Por razones que el autor no explica, este proyecto no se completó. Como consecuencia, señala el autor, las cuatro novelas citadas son "pilares inconexos y solitarios de un puente sin construir, que fue proyecto ideal de viaducto por elevación entre el ayer y el mañana."¹

La crisis de que habla el autor, fue la misma que compartió con los hombres de la generación del 98.

Para los efectos de este trabajo, se analizará la serie antes citada. En ellas, según declaraciones del autor, se funden realidad e imaginación:

¹Ramón Pérez de Ayala, Troteras y danzaderas (Buenos Aires: Editorial Losada, 1942), pp. 5-21.

Es prematuro que yo señale hasta que punto son esas novelas autobiografía y desde que linde real dejan de serlo. Pero que tienen mucho de autobiografía, cuando menos en lo tocante a la génesis de un espíritu individual, especie de monografía de un alma determinada, o anales internos de la formación de una óptica de ideas y sentimientos frente al mundo, esto es bien patente.²

Ayala compartió con los miembros del 98, un "amor amargo" por España; sentimiento cuyas raíces están muy profundas en la historia: Gracián, Feijóo, Larra y Galdós, son sólo algunos de los hombres que sintieron la necesidad de criticar la patria que amaban.

Las flechas literarias de Ayala van dirigidas contra blancos tradicionales: la religión, la política, la literatura entre otros. El primero de estos temas, es el interés principal en la novela que se analizara a continuación.

I. A.M.D.G. LA VIDA EN UN COLEGIO DE JESUITAS

Aunque cronológicamente posterior a Tinieblas en las cumbres, se analizará primero A.M.D.G. En sus páginas aparece el niño Bertuco [Alberto Díaz de Guzman] quien volverá a aparecer, ya en los albores de la juventud, en la otra novela. Este importante personaje, alter ego

²Ramón Pérez de Ayala, Divagaciones literarias (Madrid: Biblioteca nueva, 1958), p. 291.

del autor, estará presente en el resto de las novelas de la serie.

El carácter autobiográfico de la obra, presta a A.M.D.G. un interés fácil de comprender. Es el libro que más datos contiene acerca del autor, en el período decisivo para su formación intelectual.

La preocupación de Ayala por la influencia negativa de la iglesia en todos los niveles de la vida española, es evidente en toda su obra. El desarrollo más completo de este aspecto de crítica religiosa, ocurre en A.M.D.G.

Lo que pretende el autor en esta obra, es poner de manifiesto un sistema educacional que considera lamentable. Acusa a la iglesia, y en particular a los jesuitas de propender al retraso del progreso, de la cultura y del sentido de la libertad.

A.M.D.G. comienza con una descripción del colegio La Inmaculada Concepción de Regium:

Es una mole cuadrangular, cuyas terribles, dimensiones, hácenla medrosa; la desnudez de todo ornato, inhóspite, y la rojura del ladrillo de que está fabricada, insolente.³

Ayala es un maestro del lenguaje. La añadidura de la palabra "insolente" a la rojura del ladrillo, ya

³Ramón Pérez de Ayala, A.M.D.G. La vida en un colegio de jesuitas (Madrid: Renacimiento, 1911), p. 9. En lo sucesivo, al citar esta obra, se dará el número de la página en paréntesis.

nos está indicando que el autor, lejos de simpatizar con los jesuitas, dirige también su antipatía contra los edificios donde viven y trabajan los miembros de esa orden religiosa.

El niño Bertuco, huérfano de madre desde tierna edad, es un alma noble, de espíritu innatamente religioso. Regresa al colegio después de las vacaciones en el hogar paterno. Abraza a su amigo Coste y ambos pasan al refectorio para la comida de la noche. En la descripción de éste, observamos los rasgos adustos, típicos de la literatura noventayochesca:

El refectorio es una pieza alongada, de aire ceniciento; el piso, embaldosado de losetas grises; las paredes, grises y desnudas; al pie y adosados a ellas, bancos de pino; delante de los bancos, largas mesas con tablero de mármol gris . . . En la cabecera del refectorio, un crucifijo grande (p. 30).

Los efectos destructores de las vacaciones en los alumnos, pronto se hicieron patentes. El padre Rector convoca a consejo. Apremiaba poner rápido remedio a la incipiente rebeldía. Los reverendos discuten sus métodos.

La pedagogía del padre Eraña, "Conejo" de remote, era simplísima: "adiestramiento militarista del carácter y de la sensibilidad (p. 117)," como aconsejaba en sus Constituciones el fundador de la orden.

El acto de volver la cabeza en las filas, o en el estudio, era considerado por Conejo un grave atentado

contra la disciplina. E inventaba toda clase de trucos para cogerlos en falta. Dejaba caer, en medio del estudio, toda clase de objetos para provocar un ruido infernal. Quemaba fuegos artificiales, que chamuscaban el pelo de unos cuantos. Un sólo alumno que volviese la cabeza, era suficiente para castigar a toda la clase. El paseo del jueves quedaba suprimido. Como resultado de esto, consiguió "cercenar todo movimiento espontáneo y hacer a los niños simuladores y ladinos (p. 119)."

La pedagogía correccional corría por cuenta del padre Mur, "ojito derecho" del Superior. Concedor de la naturaleza humana, sabía que en el niño anidan todos los malos instintos. Para combatirlos, no sabía nada mejor que poner en práctica el refrán: "Quien bien te quiera te hará llorar (p. 102)."

Era difícil encontrar algún alumno que no hubiese recibido alguna muestra del cariño de Mur. Tenía un raro talento para inventar castigos. Hasta los había bautizado. Casi todos los niños habían experimentado el de "la pared." Consistía en poner la cara del niño contra un muro, y en esta posición: "le aplicaba un coscorrón en el colodrillo, de tal traza, que las narices del infeliz chocaban despiadadamente contra el muro (p. 127)."

Sometía a los niños a las torturas del hambre y la sed; inventó el castigo de la "butaca." Con el tiempo,

sus métodos fueron refinándose, hasta llegar a la "mazmorra," descubrimiento que "halagó el orgullo de Mur, induciéndole a admirarse de su propia inventiva (p. 130)."

De este lugar sacó el padre Urgoiti--profesor de historia de España y universal--a Alfonso Menéndez, "Patón" de apodo, con los miembros encogidos y la faz cadavérica. El bondadoso sacerdote-quedaó aterrizado. De boca de los niños, conoció el repertorio de torturas inventado por Mur. Decidió hacer algo; reclutó una delegación, al frente de la cual se dirigió a la celda del rector Aróstegui. Pero ya Mur se le había adelantado. Y sin dejarlos hablar, el Rector los ataja:

¡Una comisión! . . . ¡Una comisión! . . . En la milicia de Ignacio nacen los retoños primeros del sistema democrático . . . Y a ustedes cinco corresponde la honrosa empresa . . . Retírense, retírense por Dios vivo, y hagan por aliviarme de esta pesadumbre que me imponen. ¡El sistema democrático! (p. 167)

Con ironía unas veces, con un humorismo amargo otras, y con palabras siempre llenas de intención, o mejor, mala intención, el autor continúa recorriendo una a una las penalidades sufridas por los colegiales de Regium.

Si los castigos corporales ponían en peligros, mortales a veces, a los alumnos; las prácticas religiosas, orientadas a la salvación eterna, sólo lograban, a la postre, quebrar el espíritu y sembrar la duda y la confusión.

El padre Olano estaba a cargo de la dirección de los ejercicios espirituales ese año. Durante varios días, permaneció encerrado en su celda, meditando y escribiendo. Al cabo de éstos, surgió listo para comenzar la delicada misión. A las meditaciones escritas por el fundador de la orden, había añadido, de su puño y letra, el plan a seguir para ilustrarlas y obtener mejor fruto.

Durante cuatro días, los alumnos estaban obligados a guardar completo silencio. Las pláticas se celebraban en la capilla. La meditación del primer día, era sólo un "preludio" o composición de lugar. El padre Olano había anotado:

Estará muy recogida la capilla; sólo se permitirá entrar aquella luz que se necesita para no tropezar, y en lo demás esté muy oscura . . . Cuidarse de que los niños tengan la vista muy mortificada . . . No estará de más que por las noches, en el tránsito de las camarillas, algún Padre o Hermano haga ruidos raros y rumores temerosos. Esto dispone muy bien el corazón de los niños (p. 140).

Y para los ejercicios de la tarde:

. . . Empléense palabras y términos repugnantes para denominar los pecados. Son llagas asquerosísimas; son postemas y manaderos de pus; . . . (Esta meditación debe hacerse a la tarde, después de la comida. Al hablar, se hacen gestos de repulsión, como si uno estuviera delante de las nauseabundeces que describe (p. 142).

El padre Olano era un orador tremebundo. Pintaba con vívidos colores el cielo y el infierno. Sobre todo, de este último consiguió hacer una definición tan real,

que al cabo de ella "algunos niños deban en tierra, presas de síncope y soponcios (p. 151)."

Inexplicablemente, Bertuco se debatía en un mar de confusiones. Al final de las meditaciones, se había despertado en él, un sentido crítico, que amenazaba rebelarse contra aquellas verdades eternas.

Comenzó a dudar de la bondad de un Dios que, siendo tan poderoso, había hecho al hombre tan malo. Y todo angustiado, exclamaba arrepentido:

¡Jesús, Jesús bondadoso, ayúdame! Es Satanás que se introduce en mi inteligencia. ¿Quién soy yo para desentrañar verdades eternas tan altas? ¡Virgen mía, Virgencita blanca y guapiña, madre de mi alma, no me desampares! (p. 152)

Y llegó la hora temida. La confesión general, fin de las meditaciones. Las deshonestidades cometidas durante el verano con Rosaura, aquella rapaciña pelirroja, pesaban en su conciencia como una loza ardiente.

Durante algún tiempo, estuvo indeciso en la elección de confesor. Al fin, se decidió por el padre Avellaneda. Conjeturaba que por ser tan viejo, podía esperarse de él más indulgencia. Recordaba además, las palabras del padre Olano: "El confesor te oirá con toda dulzura y caridad (p. 147)."

Pero se equivocó. Cuando el anciano oyó aquella monstruosidad, tronó con voz colérica:

¡-Mereces morir aquí mismo, sin absolución, miserable! ¡Tentado estoy de no absolvverte, bestia maligna!

Bertuco se arrastraba por tierra implorando:
¡Absolución! ¡Absolución! ¡Por Dios, tenga caridad! (p. 154)

El final de la novela, adquiere ribetes de melodrama. Coste logra evadir la vigilancia de sus carceleros y se escapa del colegio. Montado en el burro "Castelar," trata de encontrar la ruta de Ribadeo, la aldea natal. Lo que encuentra es la muerte en un barranco.

Sobre la nuca de Bertuco, descarga su puño inquisidor el satánico Mur. Le ordena hacer una cruz en el suelo con la lengua "-Desde aquí hasta aquí-Señalaba con el pie una extensión como de tres palmos (p. 257)." Y rubricando la orden con un puntapié, le obliga a lamer las empolvadas baldosas de una galería, hasta confundirse lengua, polvo, sangre y lágrimas.

Frente a los malos, coloca el autor a otros padres buenos. Dulces y bondadosos como los Sequeros; francos y campechanos como los Atienza; infantiles como los Landazábal . . . Pero a la postre, en la rigurosa orden donde no hay cabida para sentimentalismos ni condescendencias, triunfan los malos. Los buenos, o son anulados como el padre Sequeros, o se deciden y cuelgan los hábitos como Atienza.

El doctor Trelles, tío de Bertuco, viene a buscarlo. Atienza decide ir con ellos. Ya en la diligencia, al preguntarle Trelles al jesuita: "¿Cree usted que se debería suprimir la Compañía de Jesús?" No es necesario hacer un gran esfuerzo para adivinar la respuesta: "¡De raíz!", contesta el sacerdote.

Cabe preguntar aquí, ¿cuál es el motivo de la antipatía de Ayala por los jesuitas? Porque nadie escribe una diatriba contra sus propios maestros y su sistema de educación, si no se tienen razones bien fundadas para ello. ¿Exageraciones? Tal vez muchas si se tiene en cuenta la época. El padre Mur puso en práctica un método muy popular por aquellos tiempos. Método que se puede concretar con estas palabras: "La letra con sangre entra."

La crítica de Ayala persigue otros fines. Acusa a los jesuitas precisamente, de matar la fe y de desvirtuar el verdadero espíritu cristiano.

Salvo contadas excepciones, los hombres del 98, compartieron este mismo criterio. La posición de Ayala a este respecto, es compatible con el resto del grupo.

Corroborando esta tesis, Lain Entralgo cita unos juicios del padre Oromí, acerca de la crisis religiosa de Unamuno:

. . . una religión decadente, virtualmente practicada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía

enseñar. Lo clerical y lo eclesiástico estorbábanlos-
añade refiriéndose a los intelectuales disidentes del
catolicismo-más que los mismos dogmas. No fue la
corrupción de costumbres lo que movió a los jóvenes
intelectuales a abandonar el dogma católico, como
suele decirse por ahí muchas veces por pereza
intelectual o por simplificar la historia, sino una
verdadera indigencia intelectual que se había dejado
sentir demasiado en el catolicismo español de estos
últimos siglos . . .⁴

La crítica de Ayala a los jesuitas, se dirige también
a la insistencia en acentuar la inutilidad de todo esfuerzo,
si éste va dirigido a cosas terrestres. Con este concepto
de la vida, que no es inherente a la teoría ignaciana,
sino que se extiende al resto de la iglesia, todo esfuerzo
humano resulta vano.

Concebida en estos términos, la vida terrenal no
puede tener valor en sí misma, sino que es sólo un camino,
doloroso a veces, para la eternidad. Qué sentido tiene
entonces, el esfuerzo para mejorar las condiciones de
vida, si no han de contribuir a la salvación eterna:

Sobre el pensamiento religioso de Azorín, expresa
Lain Entralgo lo siguiente:

Azorín, que, como Unamuno, escribió páginas de
acerba crítica sobre la situación del catolicismo
español en el filo de los siglos XIX y XX, ha dejado

⁴Pedro Lain Entralgo, España como problema, Tomo
II (Madrid: Aguilar, 1956), pp. 107-108.

en su obra muy escasos testimonios acerca de su intimidad religiosa.⁵

Y sobre el conocido anticlericarismo de Baroja, comenta:

La incontinencia anticlerical y anticatólica de Baroja, abiertamente brutal y blasfematoria en tantas ocasiones, es bien conocida . . .⁶

Donald L. Fabian analiza la posición de Ayala a este respecto:

. . . Ayala is another in the long line of anti-clericals which includes so many of Spain's leading writers. Among the members of the Generation of 1898, Baroja is probably closest to Ayala in this respect.⁷

Estas consideraciones, son suficientes para demostrar la coincidencia de Ayala con el grupo del 98, en el problema religioso.

II. TINIEBLAS EN LAS CUMBRES

Aunque la mayoría de los críticos están de acuerdo en que Ramón Pérez de Ayala es uno de los mejores novelistas españoles de los últimos decenios, la obra de este escritor no ha merecido la atención debida por parte de la crítica.

⁵Pedro Laín Entralgo, La generación del noventa y ocho (Madrid: Diana, 1945), p. 127.

⁶Ibid., p. 128.

⁷Donald L. Fabian, "Pérez de Ayala and the Generation of 1898," Hispania, XLVI (1958), p. 156.

César Barja está de acuerdo en que "Ayala no es lo que se dice un escritor popular, ni como poeta, ni como novelista, ni como ensayista."⁸

Esta falta de popularidad tal vez se deba al intelectualismo que le atribuyen todos los críticos. Decididamente, se trata de un autor muy difícil. Las obras de Ayala, si se excluye A.M.D.G., hay que leerlas despacio. Y hay que volver a leerlas, para captar lo que el gran ironista de principios de siglo, dejó caer entre líneas.

Su primera novela, Tinieblas en las cumbres, publicada bajo el seudónimo, "entre alejandrino y subterráneo," según Andrenio, de Plotino Cuevas, mereció de este escritor, el calificativo de "lupanaria" en 1918. Después de aconsejar a Ayala que desista de "corromper a sus contemporáneos," termina haciendo esta salvedad:

Pero no queremos meternos en camisa de once varas, sobre todo después de haber leído las otras novelas que Pérez de Ayala, despojado ya de su tenebroso seudónimo, ha dado a la estampa.⁹

A medida que pasan los años, crece la estimación de la crítica por la obra, hasta merecerle, en 1960, la siguiente opinión a Valbuena Prat:

⁸César Barja, op. cit., p. 439.

⁹Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio), Novelas y novelistas (Madrid: Editorial Calleja, 1918), pp. 282-284.

Tinieblas en las cumbres, cuya primera edición se publicó con el seudónimo de "Plotino Cuevas" y con un prólogo gracioso e irrespetuosamente irónico . . . La solución sobria, pesimista, trágica, completa. una verdadera obra maestra, original y tradicional a la vez.¹⁰

Este enfoque crítico tan contradictorio, pudiera parecer paradójico si no se tienen en cuenta dos circunstancias. En primer lugar, el tiempo transcurrido entre ambos juicios. En segundo, la índole peculiar de Tinieblas en las cumbres, que ya desde el título parece indicar que eso mismo: una paradoja.

Lo que sorprende en esta novela es la aparente simplicidad de su argumento: un grupo de hombres y prostitutas que van de excursión por tren a las montañas para presenciar un eclipse de sol; excursión que es sólo un pretexto para una orgía licenciosa.

El viaje, la contemplación del eclipse, y el regreso a Pilares, forman la trayectoria principal de la obra. Intercalados, los amores de Rosina y Fernando; idilio de una noche, cuya consecuencia es la prostitución para la aldeana.

Sólo a mitad de la obra, aparece un personaje ya conocido. Se trata de Bertuco-Alberto Díaz de Guzmán-

¹⁰Angel Valbuena Prat, Historia de la literatura española, Tomo III (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1960), p. 548.

descrito aquí como "un joven insignificante,"¹¹ a quien el autor deja un poco al margen, con la intención tal vez de no contaminarle con la atmósfera.

Más que participar en los excesos a que se entrega el grupo de libertinos durante el viaje, parece dejarse arrastrar por la vida. No sabe lo que quiere ni adonde ir. Su vida es un vacío cruel.

Junto al chiste procaz, a las palabras obscenas, el autor hace comentarios al margen, con citas clásicas griegas o latinas. O cae en culteranismo como estos:

. . . Cómo no añorar aquellas doradas edades helénicas en que Pericles y Sócrates formaban el espíritu de Aspasia. Alciphron adoctrinaba a Thais y Platón a Leontion . . . (p. 188).

Lo que puede parecer originalidad de estilo, es sólo un rasgo típico de la época, como reconoce Torrente Ballester¹² al comentar la obra de otro escritor:

. . . que busca deliberadamente el vocablo fuerte, grosero . . . pero esta mezcla de lo plebeyo y de lo culterano, tan del 98 (p. 12).

Con humorismo, casi con burla, Ayala logra apartar al lector de caer en la complacencia erótica a que pudiera inducirle las crudezas de la obra.

¹¹Ramón Pérez de Ayala, Tinieblas en las cumbres (Madrid: Fernando Fe, 1907), p. 202. En lo sucesivo, al citar esta obra, se dará el número de la página en paréntesis.

¹²Torrente Ballester, op. cit., pp. 300-301.

Casi al final de la novela, hay un capítulo titulado "Coloquio supérfluo," con la siguiente aclaración a manera de prefacio:

Calificamos este coloquio de supérfluo porque sabemos que, en virtud de cierta trascendencia que hemos intentado imbuirle, ha de parecerles frío, baladí, y por ende innecesario, a la mayoría de nuestros lectores. Suplicámosles, pues, que lo pasen por alto, asegurándoles, desde luego, que nada tiene que ver con el asunto central de esta historia, y que pueden dejarle de lado en la lectura, sin que la preterición perjudique el interés de los acontecimientos, antes al contrario, acaso lo mantenga vívido y caliente (p. 309).

El comentario es irónico, ya que el "asunto central," se encuentra precisamente, en este capítulo que el autor aconseja pasar por alto a la "mayoría de los lectores." Por otra parte, para los adictos a la literatura galante, el consejo va en serio.

Para los efectos de la tesis que se trata de probar en este trabajo, el estudio de esta obra se limitará a ese capítulo, cuyo contenido metafísico, hace en extremo difícil su interpretación. D. L. Shaw previene:

. . . the explanatory conversation at the climax of Tinieblas en las cumbres (1907), in which we are put on our guard against too facile an interpretation¹³

¹³Donald L. Shaw, "On the Ideology of Pérez de Ayala," Modern Language Quarterly, Vol. XXII (June 1961), p. 159.

En el prólogo de Troteras y danzaderas, mencionado al analizar A.M.D.G., Pérez de Ayala, refiriéndose al propósito de su serie novelística, dice que el "hilo de Ariadna" de este "laberinto" es "el proceso psíquico de la conciencia individual hacia su integración y liberación en la conciencia nacional."¹⁴

La "conciencia individual" que él escogió para ilustrar la crisis de España, es el joven Alberto Díaz de Guzmán, -"desdibujado a fuerza de análisis, verdadero embrollo psicológico . . . cadáver viviente desde mucho antes de la escena final."-dice de Nora.¹⁵

Este análisis es correcto. El joven Guzmán aparece en la obra, víctima de un egocentrismo y pesimismo, que están anunciando al futuro abúlico.

En compañía de la bulliciosa tropa, Alberto inicia la ascensión a la cumbre para observar el eclipse. En el camino, encuentra a Yiddy, ingeniero inglés con algo de psicólogo y bastante de filósofo, dando comienzo aquí el "Coloquio supérfluo."

A la penetración del ingeniero, no se le escapa el estado psíquico de Alberto. La pasión del joven por

¹⁴Pérez de Ayala, op. cit., p. 14.

¹⁵Eugenio G. de Nora, La novela española contemporánea (Madrid: Editorial Gredos, 1958), p. 475.

la naturaleza, eran señales evidentes de panteísmo.

Sabía que a Guzmán

El universo le parecería una inmensa nebulosa, esto es, una gigantesca esfera de neblina espesa, y de pronto se agrietaba, . . . parecía que iban a mostrarle su seno, su corazón, todo el cristalino y de lumbre, y exclamaba: "¡He aquí, he aquí el gran enigma del mundo, el pensamiento del orbe, que a mí se me revela por primera vez y antes que a ningún otro hombre!" (pp. 313-314)

A medida que ascienden a la cumbre, comienzan a surgir de entre las sombras del pasado, recuerdos que el joven va confiando a Yiddy. Su niñez, la ausencia de afectos, la idea de la muerte y el destino del alma. Más tarde, la crisis espiritual al vacilar su fe. ¿Qué hacer? ¿Cómo llenar el vacío? Entonces decidió ser escritor. Tenía que buscar un medio de supervivencia.

Más tarde, decidió buscar la Verdad a través del arte. Y decidió ser pintor. Pero en su mente se debaten un mundo de ideas confusas, de sombras terribles. A pesar de su escepticismo, aún la idea de la muerte le aterra:

. . . creo en algo misterioso, de, sutilísima esencia
. . . (La neblina se hace cada vez más compacta, más blanquecina y triste) (p. 329).

El momento esperado se acerca. Los amigos han llegado a la cumbre. Las sombras se extienden por toda la tierra.

Alberto vio como aquella ola de infinita lobreguez venía hacia él, lo envolvía, lo tragaba. Abandonaronle las fuerzas cayó de rodillas en el lodo . . . No osaba levantar sus miradas de la tierra desnuda (pp. 360-361).

El eclipse ha producido en Alberto una crisis de gran intensidad. El sol ha sido eclipsado. Sus rayos no han podido iluminar la tierra. Ahora comprende su insignificancia, en comparación con los misterios del universo.

"Yo tenía en el alma"-dice Yiddy-"cumbres cristalinas y puras; la oscuridad ha penetrado dentro de mí, lo ha anegado todo, todo lo ha aniquilado. Ya no veré nunca la luz (p. 362).

En completo estado de embriaguez, regresa Alberto a Pilares. Le acompaña Rosina. Al llegar a su casa, pierde la noción de las cosas. Sus manos están frías. Rosina se marcha. Veinticuatro horas más tarde, reaparecerá Alberto Díaz de Guzmán en La pata de la raposa.

En esta novela hay rasgos típicamente noventayochistas, como son la convivencia en la juventud de cierto primitivismo erótico, y su más libre exteriorización, con las más altas aspiraciones científicas y filosóficas. Este contraste era frecuente en las novelas de aquella época.

Se manifiesta aquí el culto del "yo," y la tendencia al autoanálisis. Alberto se debate en un abismo de creencias

contrarias. Su posición aquí es semejante a la de Unamuno "en el fondo del abismo." Ante el naufragio de su fe religiosa, acude al arte en busca de la Belleza. Lo que pretende encontrar es el Absoluto. Al no poder creer, necesita crear para alcanzar la inmortalidad. Pero en un momento, todos estos puntales caen derribados.

Con el eclipse, el pesimismo se ha apoderado de él. Ya no podrá ver la luz nunca más. Como Antonio Machado:

algunos yertos árboles negrean;
 en los montes lejanos . . . El sol murió . . .
 ¿Qué buscas,
 poeta en el ocaso?

Antonio Machado¹⁶

Estos versos de Machado, expresan el mismo sentimiento angustiado ante la vida, la misma desesperanza, que son sólo un reflejo de la falta de fe en los destinos de la patria.

III. LA PATA DE LA RAPOSA

"Ayala, asturiano, tiene, como 'Clarín,' un paisaje ideal de su tierra y ciudades en el fondo de las novelas."¹⁷
 Este paisaje ideal es Pilares, representación de Oviedo.
 El autor describe la ciudad:

¹⁶Machado, op. cit., p. 919.

¹⁷Valbuena Prat, op. cit., p. 544.

Pilares, la decrepita ciudad, centenario asilo de monotonía y silencio, la voz medieaval e imperecedera de las campanas, sacudía, como errante escalofrío, la modorra de aquel pétreo organismo. La ciudad parecía respirar un vaho rojizo y grave. Sobre el monte Otero, que le sirve de respaldar y la ampara contra los vientos del Norte, sobre las praderías y bosques en que está engastada, los ocres y amarillos otoñales imponían su nobleza al verde gayo y frívolo de primavera.¹⁸

"Decrepita," "monotonía," "silencio," "modorra."

Es una impresión decadente, que inspira cierta ternura.

Es el paisaje trascendente noventayochista, impregnado de pesimismo: el "ocre otoñal," imponiéndose al "verde gayo y frívolo" primaveral. Se es pesimista por algo.

Ese algo es la patria, siempre presente.

Aún duran en Andrés los efectos de la embriaguez contraída veinticuatro horas antes. Al despertar, no puede hilvanar los recuerdos. Poco a poco va situándose en el tiempo. El autor así lo describe:

. . . era un mozo a quien el azacaneo de la vida había despojado prematuramente, una por una, de todas las mentiras vitales, de todas las ilusiones normativas, y para quien habían perdido el carácter de fuerza motriz todas esas palabras que se acostumbran escribir con mayúscula: religión, moral, ciencia, justicia, sabiduría, riqueza, etc., etc. Lo mismo que en la eternidad del firmamento van apagándose las estrellas, dentro de su alma habían ido muriendo todos los grandes luminares de la infancia (pp. 18-19).

¹⁸Ramón Pérez de Ayala, La pata de la raposa (Madrid: Saturnino Callejas, 1911), p. 9. En lo sucesivo, al mencionar esta obra, se dará el número de la página en paréntesis.

Al perder la fe en todas las normas divinas y humanas, Alberto había encontrado refugio en la Belleza, cuyo fin era la Gloria, y por medio de ella, anhelaba sobrevivir en el recuerdo de los hombres. El eclipse había llenado de tinieblas su alma. Cuando el sol se ocultó:

aqueel astro, que aún vivía, dejó de lucir, y entonces Alberto comprendió que la belleza era cosatan humana, perecedera e inane como todo lo otro. Correr en su seguimiento era no menos vano que procurar asir el huracán. Había llegado a ese estado que llamaron los santos insensibilidad (p. 19).

El estado espiritual de Alberto, semejava el período de aridez de los místicos. De este estado, pasa a otro de exaltación y comienza a romper todos los símbolos de la ciencia y la cultura. Destruye cuadros, libros, figuras de arte. Su decisión de irse al campo, puede interpretarse como una huída de la realidad.

En el camino va meditando sobre lo triste y efímero de la carne, pensamiento que encuentra eco en el paisaje triste y seco.

La tierra, hasta la línea del horizonte, se extendía en rasa planicie, de un negro de humo, a manera de lago bituminoso. Por el cielo, de la parte de Poniente, se levantaba un vapor cárdeno, translúcido.

Alberto amaba singularmente el yermo, hosco y huérfano de vegetación. Le parecía un estado de espíritu materializado; aquella sequedad y aridez de los místicos que hacía más vehemente el ansia de contemplar a Dios (p. 33).

Para emplear sus ocios en el campo, Alberto trata de estudiar lo que él llama la "moral" de sus animales domésticos. He aquí el resultado del análisis de la conducta del perro:

Sultán: moral canina o sumisión cristiana.

Nuestra vida, en el momento de nacer, es como una caja vacía, cuyas paredes son de diamante negro. Las paredes son la muerte. Nuestra vida está limitada de muerte por todas partes. ¿Con qué hemos de llenar la caja? . . . La moral canina no habla de llenar la caja, sino de adornarla . . . (p. 45).

El autor está tratando de encontrar una salida para Alberto. Una respuesta conduciva a la afirmación de los instintos vitales. Si todas las leyes de Dios y del hombre han muerto para él, aún queda un hecho cierto que es la vida. ¿Cómo llenar la caja?

Por lo pronto, Alberto se decide por la vía del amor. Regresa a Pilares para visitar a Fina. La imagen de aquella criatura dulce y buena, se le escapaba a veces del corazón. Pero de pronto, comprendía que la amaba:

Al lado tuyo-le dice-me olvido de todo; pero, en cuanto me aparto, soy una cosa sin voluntad, a merced de fuerzas desconocidas (p. 87).

Por algún tiempo, cree haber roto el círculo de incertidumbre donde ha estado aprisionado tanto tiempo. Eso es, ya está todo resuelto. Se casará con Fina

. . . se imaginaba innumerables cabecitas de niño, reposando en su cuna. ¡Un hijo . . .! Pensó en la casa de don Medardo, en Josefina, virginal, confiada, sumisa, aguardando las palabras de la anunciación . . . (p. 106).

Con estos dulces pensamientos, caminaba sin rumbo fijo. Un amigo le sale al paso. Ensimismado, Alberto sigue al amigo, y sin darse cuenta, se encuentra en un burdel. Esta visita le ocasiona otro estado de depresión. Ya no es digno de Fina, había infestado, por torpeza, el agua en donde debió beber.

Lo que se está contemplando aquí, es el cuadro clínico de la abulia. Es un proceso en que los buenos propósitos se suceden a los estados de abatimiento. Es como un círculo, una falta de equilibrio. El fin es siempre el fracaso. El abúlico no puede evadirse de su fatalismo, porque sus ideas no "nacen del estudio reflexivo y de la observación consciente de la realidad."¹⁹

El diagnóstico de la enfermedad de Andrés no ofrece dudas: la crisis de la cumbre, la reconciliación con Fina, el nuevo fracaso moral ocasionado por un hecho casi involuntario. Todo esto, unido a la huida para evadir la realidad, constituye el cuadro de la abulia.

Pasa la noche en una venta, entregado de nuevo a sus extrañas meditaciones:

En la estancia palpitaban dos rumores; uno vasto, enorme, del mar; otro, cauto, tenaz y estridente, de la carcoma . . . en la tarea perseverante del minúsculo bichejo reverenciaba, . . . la función

¹⁹Angel Ganivet, "¿Qué se puede hacer?" en Dolores Franco, op. cit., p. 318.

corrosiva de las ideas clandestinas, ideas del mañana (pp. 114-115).

Se le acusa, sin justificación de un crimen. Pero no se defiende. Pasa el tiempo en la cárcel, clasificando, a su manera, a los diversos tipos criminales que allí se encuentran. Nada logra conmover su voluntad vencida.

Comprobada la falsedad de la acusación, sale de la cárcel, rompe con Fina de nuevo, y se lanza por los caminos de España con una tropa de saltimbanquis. Va a los llanos, a la meseta central. Y como en una alfombra mágica, el autor lo traslada a Londres. Otra atmósfera, otro ambiente y el mismo Alberto. Cultiva la amistad de Bob y Nancy Mackenzy, matrimonio inglés que tiene dos hijos, Ben y Meg.

Un telegrama de España, le comunica la huida de su banquero y la bancarrota de su fortuna. Regresa a España para arreglar sus asuntos financieros. Ya está de vuelta a Pilares. Espiritualmente, continúa en el mismo círculo. Vaga sin rumbo por las calles. Se sienta en el atrio de la iglesia y comienza a meditar. Sus meditaciones lo llevan al cementerio.

En un autoanálisis retrospectivo, comienza a comprender la causa de sus males. En la penumbra del anochecer, sentado ante la tumba de Rufa, la vieja criada que hizo las veces de madre, comienza a ver claridad;

todo él era "ramazón, hojarasca, garrulería y esterilidad" (p. 236).

El autoanálisis le había revelado muchas cosas. Hasta entonces había soñado, era hora de hacer. Se levanta decidido

¿Hacer qué? Cualquiera cosa, ¿qué importa? Hacer, hacer . . . Hay que apresurarse, . . . En torno suyo yacía la eternidad de donde había nacido. La otra eternidad, adonde había de volver, se anunciaba como una aurora negra. ¿Había de ir de una a otra sin rastro y sin ruido como una nube en la noche? (p. 236)

Es la misma situación de todos los hombres del 98. Todos ellos hombres de pensamiento. Azorín dice en "La voluntad":

La voluntad está en mí disgregada, soy un imaginativo. Tengo una intuición rapidísima de la obra, pero inmediatamente la reflexión paraliza mi energía . . . ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?²⁰

También Baroja hubiese querido hacer algo. Pero sólo encuentra soluciones metafísicas. Laín Entralgo comenta:

Tampoco Baroja ha tenido voluntad para entregarse a la acción reformadora . . . "A mí me gustaría evolucionar-ha confesado Baroja-"¿pero a dónde? ¿Cómo? ¿En dónde se va a encontrar una dirección?²¹

Encerrado en su habitación, Alberto volvía a sus cavilaciones. Se preguntaba qué finalidad había tenido

²⁰Laín Entralgo, op. cit., pp. 310-311.

²¹Ibid., p. 313.

su vida hasta entonces. Dentro de él, comenzaba a oír las respuestas:

. . . no sirves para nada, porque estás podrido de molicie, porque el solitario deleite de soñar y pensar como por juego te ha corroído hasta los huesos, porque en tu pereza miserable crees que la vida no vale en sí, sino en sus ornamentos (p. 242).

Decide seguir el consejo de un amigo y dedicarse a escritor. "¿Qué otra cosa es un escritor sino la conciencia de la humanidad?" (p. 247) Ahora estaba seguro de haberse liberado de las rémoras del pasado. Como otras veces, vuelve a Fina. La tía Anastasia murmura:

-Cuando la raposa cae en el cepo dicen que se roe la pata hasta que se la troncha, y huye con las tres sanas (p. 262).

La anciana quería decir que no se debe volver la vista al pasado, pero Alberto encuentra otro significado a la alegoría. El cepo, representa la muerte. La raposa, virtud astuta para Burlarla.

Alberto cree haber encontrado el diagnóstico de su mal, que define como "el miedo a lo ridículo" o sea "la conciencia de la desproporción entre el propósito y el acto (p. 268)."

Y lleno de confianza en sí mismo se marcha a Madrid a dedicarse "definitivamente" a la carrera literaria, y volver después a casarse con su novia. Con femenina intuición, Fina dice: "no volverá (p. 290)."

Tres meses después, reaparece Alberto en Lugano, junto a sus amigos Mackenzie. Espiritualmente, parece haber experimentado un gran progreso. Según su propio diagnóstico, había llegado "a través de un laborioso proceso sentimental" a lo que él juzgaba como "última y acendrada concentración del egoísmo, al desasimiento de las pasiones y mutilación de todo deseo desordenado; al soberano bien, al equilibrio, al imperio de sí propio, a la unidad (p. 285)."

En un plano espiritual, este estado parece corresponder a un estado ascético, a la fase de la identificación del alma consigo misma, o sea, al final de la fase purgativa.

Todo parece indicar el retorno de la voluntad, la cual, entre otras cosas, se manifiesta precisamente en un equilibrio mental, en una ordenación espiritual y en un dominio de sí mismo.

Lo que parece dudoso es que hubiese llegado al "desasimiento de las pasiones." En Lugano, se enamora de Meg, la seductora hija de los Mackenzie. Su presunto equilibrio y dominio de sí mismo se viene abajo. Vuelven las pasiones e ideas desordenadas y el último vestigio de serenidad se evapora. Ahora, sólo siente un "interés ético o afecto paternal (p. 313)" por Meg.

Y con "la alegría de sentirse otra vez en completo imperio de sí propio (p. 313)" regresa a Pilares, como tantas otras veces, en busca de la novia. Pero ya es tarde. Fina ha muerto.

La pata de la raposa se mueve en pleno noventayochismo. La estéril odisea de su protagonista, su búsqueda infructuosa de soluciones, la huida constante de la realidad, el imperativo del tiempo para "llenar la caja"; la completa ineficacia de su voluntad enferma; todo esto es sólo un símbolo de la época. Alberto representa toda una generación de Albertos.

La causa de su fracaso, está en su propia vida carente de finalidad. Es un ceпо creado por su mente. Y si Alberto no puede escapar al ceпо de la raposa, no es por culpa del autor, que siempre le está buscando salidas e indicando soluciones.

Ortega y Gasset, al comentar al personaje de El árbol de la ciencia de Pío Baroja, hace una definición de su protagonista, que pudiera ser válida para Alberto Díaz de Guzmán:

Andrés Hurtado, el Protagonista de El árbol de la ciencia no encuentra faceta alguna en el orbe donde su actividad pueda ensartarse. Vive como un hongo, atendido a sí mismo, sin adherencia al medio; creemos un momento que la investigación científica va a absorber por fin, su potencial, mas al punto

notamos que si Andrés Hurtado busca el árbol de la ciencia, es, no más, que para sentarse a la sombra.²²

IV. TROTTERAS Y DANZADERAS

Novela del ambiente social, político y literario de Madrid. Troteras y danzaderas tiene páginas enteras que pertenecen más a la crónica periodística que a la obra imaginativa.

La muchedumbre humana que desfila por Troteras y danzaderas, hace difícil identificar quién o quiénes son los protagonistas principales de esta obra.

Aquí se reúnen algunos de los personajes de Tinieblas en las cumbres con Alberto Díaz de Guzmán. Pero en esta ocasión, el joven escritor se presenta más como observador de la comedia humana que como protagonista.

Alberto ha adquirido alguna reputación literaria como escritor, como no fuera la "misérrima remuneración por alguno que otro artículo muy de tarde en tarde,"²³ comenta el autor con cierta socarronería.

²²José Ortega y Gasset, Obras de José Ortega y Gasset (Madrid: Espasa Calpe, 1932), p. 179.

²³Ramón Pérez de Ayala, Troteras y danzaderas (Madrid: Mundo latino, 1923), p. 77. En lo sucesivo, al citar esta obra, se dará el número de la página en paréntesis.

Aunque la personalidad de Alberto no presenta los mismos tintes sombríos de las novelas anteriores, pesa aún sobre él un resto de pesimismo:

Su carácter era sedentario, soñador e indiferente; espíritu nada pedestre, porque le faltaban los dos pies con que el espíritu sale al mundo a emprender y concluir acciones: carecía de esperanza y de ambición. Alas tampoco tenía, porque Alberto se las había cortado. Aspiraba a la mediocridad, en el sentido clásico de la moderación y medida. El mucho amor y dolor de su juventud le habían desgastado el yo (p. 77).

El símbolo del fracaso y de la frustración, está encarnado aquí en Teófilo Pajares, el poeta modernista. Cuanto emprende se malogra. Una verdadera víctima de la fatalidad y la mala suerte. He aquí su descripción:

Imaginaba ver su propia alma a la manera de esos perros vagabundos que miran de reojo a todas partes, porque saben que el universo esta poblado de garrotes, botas y piedras invisibles, los cuales, repentinamente, se materializan donde menos se piensa (p. 52).

Todos los críticos estan de acuerdo en que esta novela despertó una gran expectación desde su aparición, por ser considerada de "clave" respecto al Madrid en boga entonces. Así, todos los amigos de Alberto, son versiones de personajes conocidos, y con ellos, toda una tropa de políticos, toreros, danzaderas y comediantes.

De ser así, Ayala se mostró cruel con el poeta de quien Teófilo Pajares es un trasunto. ¿Villaespesa tal vez? En algunos ensayos de Ayala sobre este poeta, sopla

una brisa burlona que no deja dudas sobre la pobre opinión que le merece.²⁴

El poeta modernista "no sentía la pintura . . . pero hablaba y discutía a menudo de ella." En todo caso, el arte pictórico le servía para adornar el verso con alusiones a colores, o a "la perversidad de las marquesitas de Watteau (p. 34)."

Sus versos, podían haber sido escritos por una docena más o menos de poetas, ya que todos decían lo mismo acerca de las Mimís o las Musetas.

Aunque algunos de los hombres del 98, estuvieron bajo la influencia modernista, especialmente Valle-Inclán, la mayor parte del grupo se mantuvo alejado de ese movimiento. Según Díaz Plaja, a Unamuno "no le interesaba- no podía interesarle-la estética de Rubén."²⁵

Los autores del 98, trataron de descubrir el alma de España, su razón de ser "emocionándose ante la tierra, conociendo la vida popular, contemplando inteligentemente las creaciones artísticas."²⁶

²⁴Ramón Pérez de Ayala, "Sobre dos poetas," Pequeños ensayos (Madrid: Biblioteca Nueva, 1963), pp. 32-34.

²⁵Díaz Plaja, Modernismo frente a noventa y ocho (Madrid: Espasa Calpe, 1951), p. 155

²⁶Lain Entralgo, op. cit., pp. 292-293.

En la visita al museo efectuada por Rosina y Teófilo, la simplicidad de la muchacha, descubre emociones ante los cuadros de Velázquez y Goya, que dejan insensible al poeta. Con maravillosa intuición, Rosina sabe captar algo misterioso plasmado en el cuadro de Velázquez: " Oh Pajares. Si me parece que no existimos . . . Si las cosas parecen una ilusión, como en aquel cuadro (p. 6)."

La apreciación de las obras, le producen una transformación espiritual. Al entrar al museo, la realidad circundante le había parecido fea: el cielo, los árboles, y especialmente los mendigos. Al salir de este lugar, todo aquello creía verlo hermoso, maravilloso; había aprendido a ver.

Como los escritores del 98, Ayala cree que uno de los caminos para educar al pueblo, es el de su propio arte. Laín Entralgo dice que todos ellos trataron de descubrir la peculiaridad íntima del alma de España, no a través de la ciencia, sino del arte:

La obra científica es, pues, por su carácter universal y no puede suponérsela después de creada, nacional o regional; en cambio, la obra artística es siempre nacional, aunque pueda llegar por su intensidad o por su belleza a universalizarse.²⁷

Dentro del propio campo literario, no es ésta la única característica común entre Pérez de Ayala y el grupo

²⁷ Laín Entralgo, op. cit., p. 293.

del 98. En el problema de la revalorización de Góngora, el autor expresa su opinión, a través de uno de sus personajes:

"Los versos de Garcilaso tienen siempre una emoción de recuerdo. Los de Góngora, nunca," dice Monte Valdés (p. 183). "Creo"-dice Díaz Plaja-"demostrar que el grupo Noventa y Ocho no siente devoción por lo gongorino, a diferencia del sector Modernista, que intuye o valora al gran poeta cordobés."²⁸

Madrid le ofrece a Ayala el mismo rostro que a todos los provincianos del 98. En estos hombres no existió el propósito de hacer una descripción objetiva de la capital. Sus impresiones literarias, son más bien puntos de vista "impresionistas," cargados de un pesimismo que sirvió de acicate para la huida.

Ayala, en cambio, se sitúa en Madrid con un fin determinado, como se ha expresado antes. Su objetivo era tomarle el pulso al cerebro de aquel cuerpo enfermo que era España. En la actualidad de Madrid, ve sólo un reflejo de la crisis que atravesaba el país al finalizar el siglo. El cuadro que encuentra no puede ser más negativo. Una juventud ociosa, oportunista, sin ideales. Las costumbres y la moral deteriorándose por días. El

²⁸Díaz Plaja, op. cit., p. 163.

juego y la prostitución, enseñoreándose en el alma capitalina. Todo, en fin, desmoronándose, decayendo.

En varias ocasiones, el autor expresa la impresión ^onegative que tiene de la capital, rasgo típico del noventa y ocho. A un amigo le dice:

-Vete a tu pueblo, Arsenio; vete a tu pueblo. Aún es hora para ti. Aquí terminarás por corrompote física, moral y artísticamente. Cuando te acuerdes quizás sea tarde . . . Y si como dices, amas el arte, huye de Madrid de prisa, vete a tu pueblo, Alberto, vete a tu pueblo (p. 174).

En otra ocasión, es doña Juanita, la madre de Teófilo quien habla:

Este Madrid es una Babilonia corrompida . . . En cualquiera parte mejor que en Madrid . . . Porque, ¿qué hay en Madrid que valga la pena? Dirán que el aquel del señorío y de la nobleza rancia . . . te digo, como persona vieja y experimentada, que el de los pueblos es señorío más verdadero que éste de Madrid, en donde si te paras a discurrir echarás de ver que todo se va en bambolla (p. 264).

Contra el vicio del juego, dirige Ayala más de una de sus flechas literarias. En el "Liceo Artístico" se efectúa un raro combate. Las armas son la "baraja francesa." El dinero corría en abundancia. Mármol, uno de los contendientes, ponía el alma en la jugada. En ella iba el resto de su fortuna. El autor, con actitud más moralizadora que crítica, observa:

Sabía que la fascinación del juego está en que bajo su acción se desvanece el sentido del tiempo, y de aquí nacen sus consecuencias, así placenteras como funestas, porque sin el sentido del tiempo no cabe noción del trabajo (pp. 201-202).

Lo que en definitiva interesa en Troteras y danzaderas, es la actitud de Ayala frente a la política y los políticos de la época. Sobre las actividades del grupo, Dolores Franco, bibliógrafa del grupo opina:

Los escritores de este grupo son, ante todo, los grandes preocupados por España. Pero esta preocupación que comparten con los hombres prácticos-Coste, Picavea-, con los políticos Maura, Damián, Isern-se caracteriza por no traducirse en actuación social. Se trata de poner en primer plano a España en una obra meramente intelectual.²⁹

Los escritores del 98, mantuvieron diferentes puntos de vista políticos. Algunos fueron de tendencias conservadoras. Maeztu fue acusado de reaccionario. Colaboró con la dictadura de Primo de Rivera. En 1936, fue fusilado por los tribunales populares. Otros fueron antimonárquicos y liberales, o, como en el caso de Machado, socialista. Pero en lo fundamental, se mantuvieron unidos. Todos aspiraban a un parlamentarismo limpio, sin intervención de las fuerzas armadas, sin "intereses creados."

Ramón Pérez de Ayala dejó constancia en sus obras de la misma meditación preocupada, del mismo pesimismo esperanzado.

Ruth Gillespie dice:

La obra de Ayala se encamina a un solo propósito, el de retratar al español contemporáneo, y, ahondando

²⁹Franco, op. cit., p. 293.

en su carácter desnudar los motivos de la decadencia lamentable en que se encuentra.³⁰

Algunos ejemplos de sus alusiones a la política en Troteras y danzaderas, darán la medida de la importancia que el autor le dedica al problema político de su patria.

Uno de los primeros personajes que aparece en esta obra es el ministro de Gracia y Justicia, don Sabas Sicilia. Hombre habilidoso, conocedor de su pueblo, sabía manejar al Gabinete a su antojo. Culto e inteligente, había adaptado su moral a los tiempos. Don Sabas era un escéptico. La necesidad de fingir, había convertido su rostro en una máscara, que le servía para ocultar su verdadera personalidad.

Su amante, Rosina, le pregunta si está cansado por exceso de trabajo. Le responde;

-¿Trabajar? Qué inocente eres, pitusa. ¿Tú crees que le hacen a uno ministro para trabajar? ¿Te figuras de veras que los ministros servimos para algo, que el Gobierno sirve para algo? ¿Sabes que papel hace el Gobierno en una nación? El mismo que hace la corbata en el traje masculino. ¿Para que sirve la corbata? ¿Qué fin cumple o que necesidad satisface? Y, sin embargo, no nos atrevemos a salir a la calle sin corbata (p. 54).

Rosina le hace entrega a su amante de una carta de Angelón Ríos, un vividor que se pasaba las horas en el Congreso, trabajando en intrigas y conspiraciones por

³⁰Ruth Gillespie, "Ramón Pérez de Ayala-precursor literario de la revolución," Hispania, Vol. 3 (mayo 1932), p. 216.

la vuelta al poder de su partido, con la esperanza de conseguir un cargo, como justa recompensa a su "lealtad política."

El ministro hace este comentario al leer la carta:

-Bien; otra petición. Esto es lo que me cansa, lo que me abruma. Desde que entré en el ministerio, por todas partes me persigue gente postulando. Esto no es una nación, es un asilo de mendicantes (p. 56).

Las sátiras de Ayala se dirigen ahora a la comedia electoral, al falseamiento de las elecciones con la complicidad de las fuerzas armadas. Este engaño a que el pueblo ha sido sometido durante años, trae como consecuencia la desmoralización del electorado y la indiferencia en la elección de sus gobernantes.

Antón Tejero, un joven preocupado por la situación del país, dice a Guzmán:

Los jóvenes tenemos el deber moral de hacer política activa, . . . de pensar en los destinos de la patria . . . La última crisis ha sido bochornosamente anticonstitucional y avergüenza pertenecer a una nación que tales farsas consiente (p. 125).

En Política y toros, Ayala dice que en España hay una especie de asamblea o reunión a la cual se le da el nombre de "parlamento," por lo mucho y sin sustancia que allí se habla; pero no existe poder legislativo."³¹ Más adelante añade:

³¹Ramón Pérez de Ayala, Política y toros (Madrid: Editorial Callejas, 1918), p. 76.

Si en España no hay poder legislativo, se interrogará, de dónde emanan las leyes; quién hace y promulga las leyes? Candorosa interrogación, a la cual se puede responder con otra interrogación: ¿para qué sirven las leyes? Y a esto, el buen español contesta que las leyes no sirven sino para darse el gusto de no cumplirlas.³²

Bajo la dirección de Tejero, se organiza un mítin.

Tamiro Mazorral, era el orador encargado de transmitir el pensamiento de Tejero. El salón estaba lleno de ministros, ex-ministros, presuntos ministros. Todos con la carátula puesta: la sonrisa amable y el chiste oportuno. "Los toreros y las prostitutas saben llevar el halo de la popularidad con más decoro y mejor aire que los políticos (p. 232)."

Mazorral habló de la necesidad de incorporar la cultura española al resto de Europa. La salvación del país sólo podía lograrse por medio del trabajo y el esfuerzo colectivo.

Las ideas no eran nuevas; desde hacía mucho tiempo se estaban repitiendo las mismas cosas. Lo interesante en realidad, fueron los comentarios suscitados por la conferencia.

El ministro Sabas Sicilia se muestra escéptico:

Aconsejarle a las colectividades que trabajen es cosa necia. Lo que se debe hacer es sugerirles un ideal asequible y halagüeño, hacia el cual converja

³²Ibid., pp. 78-79.

a pesar suyo la actividad . . . Nuestros conquistadores iban a descubrir mundos y a rebañar oro sin plan ni propósito, y cuando lo conseguían, no sabiendo que hacerse de él, con la espada escribían "nihil" en el mar, daban toda su fortuna al clero y se iban a morir a un convento (p. 238).

Afirma Ayala en Política y toros que en toda nación civilizada hay un "mínimo de ideas políticas comunes a todos los ciudadanos, y luego un margen de disparidad."³³ Ese mínimo de ideas políticas, está ausente en España y sin él, no hay estabilidad posible para el Estado, ni libertad para el individuo.

Otro comentario muy significativo es el de un joven, sentado en una mecedora. Mientras juega con un gato observa:

-Mazorral ha olvidado que el genio tutelar del Ateneo es el gato, y que la filosofía del gato vale más que todas las filosofías. Ella nos enseña a ser perezosos, voluptuosos y elegantes (p. 239).

Lo que fastidia a Travesado es tanto insistir en las virtudes del trabajo:

. . . trabajar y más trabajar, ¿para qué? ¿Para ganar dinero. Dinero, para qué? . . . ¿me quieres decir qué utilidad tienen los esfuerzos del hombre? . . . ¿Podemos dar largas a la muerte como se la damos al sastre o al zapatero? (p. 239)

Con lo que hasta aquí se ha expuesto, se tendrá una ligera idea del pensamiento de Pérez de Ayala ante la crisis de conciencia planteada en España en 1898.

³³Pérez de Ayala, op. cit., pp. 10-11.

Pensamiento que expresa un sentimiento compartido con los miembros de la generación del 98; sintetizado, en unos de los versos más terriblemente acusadores que se han escrito en la lengua española, por el poeta del grupo:

Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja tahur, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,³⁴

Amargura e impotencia que concreta Ayala en Política y toros:

Todo español, por ser español, es un hombre disminuído; es tres cuartos de hombre, medio hombre, un octavo de hombre. Ningún español, hoy por hoy, puede henchir la medida de su potencialidad.³⁵ Porque España no es todavía una nación civilizada.

El resumen pesimista de la España finisecular, se condensa en las líneas finales de la novela. Cuando le preguntan al joven Guzmán cuál ha sido la contribución de España a Europa, contesta éste irónicamente:

-Pues si le parece a usted poco . . . Troteras y Danzaderas, amigo mío; Troteras y Danzaderas . . . (p. 350).

Se refiere, desde luego, a unos versos de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, los que al servir de título para esta novela, expresan muy gráficamente la opinión negativa que recoge el autor sobre su patria.

³⁴Machado, op. cit., p. 1016.

³⁵Pérez de Ayala, op. cit., p. 10.

CAPITULO IV

LOS SENDEROS POETICOS

Aunque la fama literaria de Ramón Pérez de Ayala se funda más en su obra en prosa que en la lírica, la poesía parece tener la preferencia de este escritor entre sus producciones. El propio autor así lo reconoce en el prólogo de sus Poesías completas, donde con cierta ternura dice:

Comencé a escribir versos a los ocho años. ¡Buenos serían! . . . Pero mi libro de versos, La paz del sendero innumerable, doce años después. En este lapso escribí varios poemas . . . Están coleccionados en El sendero andante . . . Además de estos tres libros, en todas mis novelas, largas o breves, hay poesías. A algunas de estas novelas breves (Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones) las hube de calificar de "novelas poemáticas (p. 12).

Analizada como un todo, la obra poética de Ayala no es tan representativa del espíritu del 98, como la de Antonio Machado. Pero no faltan en ella los rasgos característicos de la ideología generacional del grupo.

Las diferencias podrían explicarse, tanto por las peculiaridades individuales del poeta, como por la posición cronológica que ocupa Ayala con respecto al núcleo de su generación.

Slavador de Madariaga opina que en la poética de Ayala, el pensamiento domina al sentimiento. La poesía

de Ayala, dice "es un derrame de pensamiento con una subcorriente de emoción."¹

Para Valbuena Prat, "Ayala poeta, viene a significar un punto medio entre la lírica de ideas de Unamuno y el castellanismo de paisaje seco, de dolores, de pesimismo de Antonio Machado."²

En la obra poética de Ayala, como en la obra en prosa, se dan dos períodos perfectamente delimitados por una etapa de transición. La paz del sendero, poema de la tierra, es obra de juventud. El sendero innumerable, poema de la madurez, es el canto al mar. Entre ambos, a manera de transición, El sendero andante.

I. LA PAZ DEL SENDERO

En el siguiente poema de Pérez de Ayala, se ven claramente las huellas del tiempo.

He venido de visita
a este palacio tan viejo
hay crepúsculo en mi alma
y hay crepúsculo en el cielo.
El hastío gris, monótono,
se hace de un gris más intenso,
más opaco. Muere el sol
entre nubes de oro y fuego;
y el hastío se hace noche
oscura, se torna negro,
y me envuelve el corazón
y me atormenta el cerebro,

¹Mádariaga, op. cit., p. 115.

²Valbuena Prat, op. cit., p. 545.

bajo su nube tenaz,
que es de plomo y es de hielo (p. 31).

Y en el mismo tono gris, el poeta ve los salones de este palacio que son negros, lúgubres, sombríos; taciturnos como muertos. Los arcones vacíos se le figuran grandes féretros; los retratos, parecen estar amortajados con lienzos de humedad. El espejo que en otro tiempo dibujó sonrisas, está sumido ahora en la noche del misterio. Al paso del poeta, las planchas de nogal gimen con prolongado lamento; y en las losas del zaguán, el pie hace "un ruido seco que se apaga y muere como en las bóvedas de un templo (p. 32)."

Antonio Machado tiene una poesía titulada "Hastío," que guarda una gran afinidad con la antes mencionada. El poeta andaluz, al igual que Ayala, está meditando tristemente en la casa familiar, en un cuarto sombrío, donde el paso del tiempo está simbolizado por el tictac del reloj:

Pasan las horas de hastío
por la estancia familiar,
el amplio cuarto sombrío
donde yo empecé a soñar.

Del reloj arrinconado,
que en la penumbra clarea,
el tictac acompasado
odiosamente golpea.

Dice la monotonía
del agua clara al caer;

un día como otro día;
 hoy es lo mismo que ayer.³

La siguiente composición de La paz del sendero, es representativa también del ambiente noventayochesco, del cual se advierten los tintes pesimistas. La imagen de la vaca expresa muy fielmente la resignación y la tristeza:

En las grandes praderas, blancas y sin reproche,
 donde la luna vierte tristezas seculares,
 las vacas graves son los genios de la noche
 A lo lejos zozobran vagorosos cantares.
 Aúllan a la muerte los perros agoreros.
 Los árboles musitan.
 El viento tiene a veces sollozos lastimeros.
 Solemne siempre, escuchan las vacas y meditan.
 su resignada y meditabunda cabeza,
 su pagano testuz, ungido de tristeza,
 velando está; y la luna, hasta que viene el día
 les cuenta cuentos de vaga melancolía.
 Bajo la luna en las praderas sin reproche,
 las vacas graves son los genios de la noche (p. 35).

Impresión de tristeza, de desesperanza y de resignación. Predomina aquí la nota subjetiva sobre la impresión objetiva. Más que descripciones reales, parecen paisajes de espíritu. Con cierto acento pagano y panteísta. El poeta se vale de los verbos zozobran, aúllan, musitan y de los adjetivos graves, lastimero, resignado, meditabundo, melancólico y doloroso para expresar con gran propiedad la psicología de la época.

³Machado, op. cit., p. 901.

De La paz del sendero estos versos tan representativos de la España del 98:

y todo fue quimeras, quimeras, y quimeras.
Mi corazón vistióse de harapos y dolores,
en mis tristes jardines secáronse las flores,

Tantos sueños de gloria y grandeza quedaron reducidos sólo a eso: harapos y dolores. Y ahora, ya no hay esperanzas, sólo el pesimismo queda: flores secas.

En "El poema de tu voz" del mismo libro, los versos que a continuación se analizarán, de espiritual trascendencia, pudieran llevar la firma de Antonio Machado:

Mi vida fue una llanura
árida y amarillenta:
yo pensé que era infinito
desierto: arena y arena.
Mis días fueron monótonos,
mis horas fueron gemelas;
hijas del fastidio todas

Una caravana triste,
una caravana lenta,
de ansiedades, caminaba
por la llanura desierta.
El cielo era siempre igual
siempre igual era la tierra;
un gris eterno en la altura;
abajo, aridez eterna,
sin un oasis amigo (p. 37).

El hastío, el abandono y la tristeza están simbolizados por la imagen de la caravana, proyectada sobre un paisaje de monotonía. La expresividad del lenguaje de Ayala se manifiesta aquí en el uso expresivo de los adjetivos impregnados de fastidio, tristeza y melancolía: árida, amarillenta, infinito, monótono,

triste, lenta, desierta. Es una vida siempre igual, compartida por caravanas de pobres gentes.

Antonio Machado ha usado el mismo símbolo en su poesía "He andado muchos senderos":

He andado muchos caminos;
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra.⁴

Es la misma preocupación por el dolor de un pueblo que no sabe de alegrías. Es el destino gris del hombre que camina lentamente por desiertos sin oasis.

En el "Coloquio supérfluo" de Tinieblas en las cumbres," Alberto Díaz de Guzman, explica a Yiddy que al faltarle la fe, trató de encontrar dos escapatorias. La primera vía fue la Naturaleza, la segunda, la Belleza. Aquí en La paz del sendero, hay unos versos que traducen aquella situación:

Supé encontrar entonces un refugio en la calma
solemne del regazo de la naturaleza,
y en su amante cultivo aleccionada el alma,
tranquilo, sereno, en mi rincón apacible
escucho lo inefable y miro lo invisible,
porque vi, gusté, oí y palpé la Belleza (p. 53).

⁴Machado, op. cit., p. 850.

Al quedarse en tinieblas por haber perdido la fe en las leyes eternas y de los hombres, busco refugio en la tierra:

viviendo, pues en esta tranquila soledad,
ajeno a todo orgullo, a toda vanidad,
la tierra me ha brindado abundosa y sin tino,
sus vidas sazonadas, que trepan por las vegas.
Yo, vendimiarlas quiero, para extraer su vino,
y en vez de hacerle añejo guardado en mis bodegas,
con ese afecto rudo, fraternal, aldeano,
que da el campo, ofrecerlo con afable interés
al que quiera embriagarse con este vino sano,
con este vino nuevo, de mi pentecostés (pp. 53-54).

César Barja opina que los siguientes versos son un reflejo de la psicología unamunesca, dice que "igual que a Unamuno, se le ha cruzado a Ayala en su camino el fantasma-el más real de los fantasmas-de la muerte y destino final del hombre."⁵

¡Oh voz, en el silencio, de la tierra divina,
Escalofrió errante de cristal, ventolina
que al hombre dice como es la vida quimera!
¡Oh cielo melancólico al lento atardecer!
¡Belleza de las cosas que dejan de existir! (p. 57)

Pero en Ayala el sentimiento trágico no significa renuncia a la vida; es el amor a ella el que le inspira el temor a la muerte:

Pero mi alma aún no ha aprendido a morir.
Mi pobre alma no sabe lo que sabe una rosa,
en el florero presa, del rosal desprendida.
Es una mariposa
que ama la primavera y que adora la vida
porque teme a la muerte (p. 57).

⁵Barja, op. cit., p. 453.

Los pocos ejemplos citados hasta aquí, son suficientes para demostrar que en La paz del sendero, escrito durante los primeros años de su producción literaria, Pérez de Ayala estuvo bajo la influencia de los mismos anhelos e inquietudes de la generación del 98.

II. EL SENDERO ANDANTE

Representativo también del espíritu noventayochista, es este libro de poemas, encabezado por el símbolo pascalino del río: "El río es un sendero que anda."

En las primeras estrofas de esta colección, el poeta es presa de un profundo pesimismo, del sentimiento de que todo en la vida es vanidad. El hombre no puede ejercer ninguna influencia en su trayectoria y destino. Está negando el libre albedrío; por tanto, la voluntad queda eliminada como concepto vital

Como fluye y corre y canta el río!
 Y él piensa que se mueve a su arbitrio . . .
 Ahora es como una lanza, firme y derecho . . .
 Ahora se dobla como hoja de acero.
 Ahora quiere abrazar la cadera de la colina.
 Piensa que hace lo que quiere
 ¿Y qué hace? Obedece
 Obedece, sin sospecharlo, a los caprichos
 del terreno,
 y a la ley de la tierra y del cielo,
 que le envían a hundir su caudal
 en la ancha sima de la muerte: el mar,
 y así corre el sendero andante
 desde la paz del sendero hasta el sendero
 innumerable (p. 59).

Margueritte C. Rand, en su trabajo titulado "Pérez de Ayala: Poet, Novelist and Essayist," no ve ninguna relación entre esta poesía y la filosofía del 98:

Valbuena Prat, in his otherwise very fine study of this poetry, refers to the first two lines as reflecting "la idea de la abulia y fatalidad pesimista del 98." One does not sense any "abulia" in the line, "Cómo fluye y corre y canta el río!" It is full of movement and joy.⁶

Desde luego, en esa primera línea no hay ningún síntoma de abulia ni pesimismo. Valbuena Prat se está refiriendo a la segunda, así como al resto del poema.

El río, como símbolo de vida, es una vieja imagen literaria, usada repetidamente en poesía. Los versos más famosos sobre este asunto, fueron escritos por Jorge Manrique. Estos son utilizados por Antonio Machado al rendir homenaje, con la mirada en el pasado-tan característico de la generación del 98-al famoso poeta.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir. ¡Gran cantar!

Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.

Dulce goce de vivir;
mala ciencia del pasar
ciego huir a la mar⁷

⁶Margueritte C. Rand, "Pérez de Ayala: Poet, Novelist and Essayist," Hispania, Vol. XLV (1962), p. 663.

⁷Machado, op. cit., p. 903.

Valbuena Prat, como se ha expresado anteriormente, opina que muchas de las poesías de Pérez de Ayala, son una clara participación del espíritu generacional del 98. Y que, "como ejemplo del pesimismo del 98, nada más preciso que el dramático y pesimista poema "Los bueyes"-emoción, fracaso, camino de la muerte-; y el áspero y terrible romance en el paisaje monótono y polvoriento de Castilla."⁸

Esta poesía, escrita por Ayala en 1905, está impregnada de un fuerte fatalismo. Interpreta la existencia del hombre como algo irremediabilmente vano, trágico y estéril. Un rebaño de viejos bueyes, inútiles para el trabajo, camino del matadero, simboliza la existencia humana:

Por las callejas van, por los caminos
pedregosos y pinos. Son ya viejos,
para el trabajo inútiles, bermejós
de hirsuto pelo: son bueyes cansinos.
Van tristes. So la piel de las caderas
les apuntan los huesos. Las cutrales
los contemplan, con ojos maternales,
levantando el testuz en las praderas.
Los bueyes no las ven. Llevan los ojos
perdidos. Filosofan. Con la frente
abatida se alejan (p. 65).

Los hombres, como los bueyes, viven bajo el yugo que les impone el destino. Pero aún su destino es más cruel que el de los bueyes. "Con veinte abriles es cansino"; porque el hombre sabe lo que ignoran las bestias.

⁸Valbuens Prat, op. cit., p. 547.

Su impotencia para escapar a su "ananké adverso": la muerte.

No sospechan los bueyes su ananké adverso; la ciudad el matadero? (p. 67).

La "Epístola a Azorín," es también reveladora de la misma actitud ante la interrogante preocupación de la época. Ayala, pintor aficionado, pinta con gran propiedad a su amigo:

Con el claro y rotundo monóculo en un ojo,
 en la mano el arcaico paraguas, color rojo,
 luego la tabaquera, esculpida, de plata,
 y, allá en lo íntimo, sorda misantropía innata

Con su inseparable paraguas rojo, símbolo de protesta,
 Azorín está de visita en la amada Vetusta del poeta. Va
 en busca de descanso y paz a la capital provinciana

vagaste entre los hombres y los libros, a cientos.
 Ahora te encuentras como rendido y sin alientos.
 Los libros te parecen inútiles: livianos los hombres.

Azorín pasa por momentos de profundo desaliento.

Ha sido árido el camino, y la lucha estéril

ahora, que, suavemente, nos muestras el cansancio
 de lo inútil, lo frívolo, lo soberbio, lo rancio

El poeta invita a su amigo a hacer un alto en el
 camino y descansar en la augusta ciudad. Tal vez en ella,
 donde "los días son siempre iguales," quiera decidirse a
 "afincarse por vida."

He aquí la buena
 vida, la vida humilde, monótona y serena
 que nos llama del fondo de estas graves mansiones
 en cuyo atrio se olvidan todas las ambiciones.

Sacudamos al borde de los atrios mezquinos
 la sandalia con polvo de todos los caminos,
 y apuremos, a fin de templar nuestro ardor,
 la copa con el agua diáfana del amor.

- - - - -
 Y allá, Azorín, siguiendo la hebra del tiempo
 que aunque se mide en años sólo dura un minuto
 enjuto,

Y al correr de los años, recordarán los sueños
 compartidos en el remanso de la arcaica ciudad provinciana.
 A la distancia, en el otoño pasará ante sus ojos la visión
 del pasado. En el mundo habrá habido cataclismos,
 conmociones, cambios. Y en la patria, ¿que ha pasado?

Hay pesimismo en la cita calderoniana con que acompaña
 la respuesta:

. . . Nada ha pasado, nada . . .
 . . . aquí en nuestro suelo, todo sigue lo mismo
 La vida sera un sueño, un irreal empeño?
 . . . En España, sí, la vida es sueño (pp. 69-72).

Otro ejemplo de filosofía fatalista en La paz
del sendero es el poema "En la margen del torrente."
 Como consecuencia de un trágico suceso, el poeta se
 encuentra en un estado semejante al de Alberto en Tinieblas
 en las cumbres, está desorientado:

Alma que un día amé, alma infundida
 en una forma frágil y huidera;
 Alma que era el oriente de mi vida.
 Y mi vida era toda primavera . . .

Con la pérdida del amor, han desaparecido los
 instintos vitales. Está en tinieblas:

Quebrado el pomo de alabastro terso,
 roto el fanal sutil de líneas puras,

¿a qué buscar sentido al Universo?
y perseguir vereda, si ando a oscuras?

Los siguientes versos, dan la medida de la verdadera tragedia del hombre. Es un conflicto originado al morir la fe en el mundo ordenado de la Edad Media. Lo que el poeta contempla, es un universo caótico, regido por la muerte; por tanto sólo queda:

Al fin, junto a la margen del torrente
me he sentado, en espera de mi día.
mirando como toda la existencia
fluye sin plan, sin orden ni armonía (pp. 68-69).

Es la misma actitud que adopta Machado en estos

versos:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar . . . Mas Ella no faltará a la cita.⁹

El poema "Jardines," dedicado a Santiago Rusiñol,
contiene algunos versos, reveladores del místico que todo
español lleva consigo:

El hombre no es su traza corporal,
ni es su palabra volandera,
ni lo que haya bien o haya hecho mal,
ni nada externo y por de fuera.

Todo el está, en moradas interiores,
mas allá de la carne oscura;
y nunca ojos habra, salteadores,
que profanen esta clausura.

Como el místico busca la unión de su alma con
Dios, también en busca de lo eterno:

⁹Machado, op. cit., p. 877.

El ciprés caviloso, erecto y fuerte,
que en lo azul recorta su ojiva,
no es otra cosa que el miedo a la muerte,
por amor a la rosa viva (pp. 81-82).

En "Danza Universal," hay un reflejo de la inquietud
de Azorín ante lo inestable y lo eterno:

Todo; lo junto y lo disperso,
lo semejante y lo diverso,
todo danza en el universo.

Las nubes, las olas del mar, el humo; siempre
diferentes y siempre las mismas:

Danzan las nubes en el viento,
y danzando en el firmamento
van ave, canto y lamento.

En ese torbellino de la danza, la voluntad del
hombre está sometida al destino ciego de un determinismo
anonadador

Nada corrige, nada inmuta
esta gran danza universal.
Dios es quien lleva la batuta,
solo El sabe si bien o mal (pp. 85-87).

En "Epigramas y Redondelas," estos versos ponen
una nota pesimista. Extendiendo la vista de "arriba
abajo," se observa el discurrir fugitivo de hombres y
cosas; el paso de la vida a la muerte:

Sube al monte; mira el llano
Pon la mano de visera.
Verás la gris y huidera
onda del dolor humano.

Nada detiene la ruta del tiempo

Todo fluye. Y fluye en vano.
Ha huído la primavera

de la florida ladera.

Sube al monte; mira el llano.

Quita del ceño la mano.

Ya es un recuerdo el verano.

Ya cae la nieve primera.

Llora hermano. Ríe, hermano.

Sube al monte. Mira el llano (pp. 93-94).

De su poema "Esclavitud," estos versos pesimistas:

Llorando estás pobre ilota,

por la libertad ansiada?

Nadie es libre ni lo es nada.

Todo en el Destino flota (p. 94).

A veces el poeta se rebela contra la muerte. En otros versos, van hacia la Muerte el Bien y el Mal. En vista de ello, en "la festiva bacanal-con una risa inmortal-, me reiré de la muerte."

En los siguientes versos, el poeta demanda de "La ilusión," su dulce mentira:

Yo quiero cantarte, Ilusión suave,
sobre la onda mansa o en los días adversos.

Yo quiero cantar embarcado en tu nave
para hacer la difícil travesía del tiempo.

Tú, Ilusión, derogas las leyes,
rígidas y fatales,

de la Naturaleza a tu arbitrio (pp. 98-99).

En la serie poética titulada "Doctrinal de Vida y Naturaleza," hay un poema titulado "Heno de las eras," en el cual el poeta ha salido a caminar a la ventura. Pies, pupila, alma, corazón, hasta la brisa ruedan a la ventura. Sobre una suave pradera va hundiendo sus pies. La conciencia le recrimina por haber dejado sus huellas impresas en el césped. "Cómo huir sin hacer nuevo

estrageo?" Poco a poco, observa que las huellas de sus pasos van borrándose, y la brisa murmura:

-Haz tu alma lisa y mullida
como prado de fina hierba.
Pasarán sobre él los dolores,

Todo pasará por el alma, como por un prado de fina hierba. Pero el sol, la brisa, la lluvia, la danza de las estaciones, como al prado harán renacer y perseverar al alma

Hasta que llegue el Segador,
que va, con guadaña ligera,
cantando y segando
la vieja cosecha (pp. 118-120).

El poema "Castilla," ofrece dos versiones de la tristeza y aridez de esta región: "Los buhoneros," y "La cenicienta." En la primera, se pone de manifiesto la hurañez de los naturales hacia los extraños. Son gente a quienes la aridez del suelo les ha penetrado en el alma.

En este poema se reúnen muchos de los requisitos del noventa y ocho, tales como miseria, fatalismo, tristeza, pesimismo.

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a
Palencia
-que llaman tierra de Campos que son campos de
tierra

Por esos "campos de tierra," al caer la tarde, van el buhonero y la buhonera, sus tres hijos y dos burras-
"flacas las dos y una ciega"-las cuales arrastran un

-no fue por estos campos el bíblico jardín-;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.¹⁰

En "La cenicienta," se dan también los tintes
sombrios del 98. Abandono, silencio, soledad, desesperanza,
esterilidad. En Castilla, hay aridez en la tierra y en
el hombre.

Yace silencioso el pueblo. Hora de la solanera.
Los hombres andan ausentes, porfiando con la
tierra.
Sólo posan en los lares las muy mozas o muy
viejas.
Está vacía la calle, están cerradas las puertas.
En lo hondo de una casona canta una voz lastimera;
Por ese hombre daría mi vida entera.

La Clementina, "criada y medio parienta" es linda
y gentil, pero ningún mozo la corteja: porque en la
noble Castilla, "si eres pobre eres soltera (pp. 125-126)."

Para terminar, el último poema de El sendero andante,
"Filosofía. De nuevo, la preocupación del tiempo y su
eterna recurrencia:

- - - - -
Vuelo de las aves-auspicios-;
velas en el horizonte marino;
rodar de las aguas del río;
son de campanas-entierro o bautizo-;
humo, nube, sombra, eco indistinto.
Todo es uno y lo mismo.

Todo es fugitivo,
todo es efímero,
ante el Infinito (p. 128).

¹⁰Machado, op. cit., p. 936.

Todo pasa, todo cambia, todo muda. Pero en su esencia, todo continúa siendo lo mismo; repitiéndose en una sucesión infinita. Lo que fue ayer no es lo de hoy; pero lo de hoy es lo mismo de ayer. Diferentes hombres, pero iguales sentimientos; las mismas pasiones. Este concepto del tiempo, es la preocupación compartida por todos los escritores del 98. En San Manuel Bueno, mártir, de Unamuno, don Manuel le dice a Lázaro, señalándole una zagala en lo alto de un picacho: "Mira, parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre . . . Esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia."¹¹

Y en Las confesiones de un pequeño filósofo, Azorín ha cogido su paraguas rojo, y ha emprendido el camino de Yecla, el colegio de su niñez. Y allí ha visto las mismas cosas, las mismas caras infantiles, en un instante: "he tenido al ver estos niños la percepción aguda de que 'todo es uno y lo mismo.'¹²

Es decir, los mismos conceptos y hasta las mismas palabras. Todo esto prueba, que en lo básico, el

¹¹Miguel de Unamuno, "San Manuel Bueno, mártir," en The Generation of 1898, and After, Beatrice P. Patt and Martin Nozick (New York: Dodd, Mead and Co., 1966), p. 51.

¹²Azorín, "Las confesiones de un pequeño filósofo," Ibid., p. 166.

pensamiento de Ayala compartió las mismas preocupaciones que los hombres del 98. ¿Coincidencias? Tal vez, pero no casualidad. Coincidencia en el hecho de haber asomado a la vida, en un momento decisivo de la historia de España, con una clara inteligencia y un auténtico sentimiento de confraternidad humana.

CAPITULO V

SUMARIO Y CONCLUSIONES

En el deslinde de las generaciones literarias, existe una gran confusión. Basta revisar unos cuantos textos de literatura española, para comprobar que los autores vacilan cuando desean adscribir ciertos escritores a uno u otro grupo.

El propósito de este trabajo ha sido documentar y mantener la tesis de que las características principales, intereses e ideas, considerados como esenciales en el grupo de escritores conocidos bajo el nombre de generación del 98, están presentes en la obra literaria de Ramón Pérez de Ayala. Por tanto, este autor debe ser considerado como uno de sus miembros.

Junto con el resto del grupo, Ayala heredó la confusa situación intelectual de las últimas décadas del siglo XIX. Con el colapso de la fe religiosa, prevaleció un sentimiento de pesimismo con relación a la muerte, el destino final del hombre, y el poder de la mente humana para alcanzar la verdad absoluta.

Procedentes de Europa llegan a España las inquietudes filosóficas y artísticas del pensamiento de la época: voluntarismo pesimista de Schopenhauer, o exaltado de

la voluntad de vivir de Nietzsche, filosofía de la angustia de Kierkegaard, neo-cristianismo de Tolstoy entre otras.

Estas corrientes del pensamiento europeo, encuentran eco en un grupo de jóvenes escritores, preocupados por la decadencia cultural, política y social de España. Inquietud que se agrava por la pérdida de los últimos restos del imperio colonial en 1898.

Como consecuencia de ambas crisis, la literatura de esta época está impregnada de un profundo pesimismo y de escepticismo ante las realidades españolas y los problemas del hombre individual. Su propio descontento se confundió con el descontento general, y en un afán revisionista, comenzaron una dolorosa búsqueda de soluciones.

Como se ha demostrado en este trabajo, Ayala compartió las mismas inquietudes. Durante los primeros diez años de su creación novelística y poética, su pensamiento fue predominantemente noventayochista. Este período coincide con su llamado primer estilo, o sea, de 1903 a 1912. En la etapa intermedia, se encuentran también estas características, por lo que la época antes señalada, puede extenderse hasta 1916.

Los años en que predominaba la estructura psíquica de 1898 en la obra de Ayala, abarcan la mitad de su carrera novelística. Otros autores del grupo, estuvieron

relativamente menos tiempo bajo la influencia espiritual de su generación.

Al analizar A.M.D.G., se hizo patente la repulsa de Ayala hacia un sistema educacional que considera conducente a la frustración; de matar la iniciativa y la originalidad, y de desvirtuar el verdadero espíritu cristiano. En parecidos términos, se manifestaron los humores del 98, como quedó demostrado.

Tinieblas en las cumbres, es sólo un símbolo del estado agónico que produjo la pérdida de la fe religiosa en la mayoría de los intelectuales de la época. Alberto en tinieblas, es un reflejo del "ver volver" de Azorín, del "sentimiento trágico" de Unamuno o del fracaso religioso de Ganivet que lo impulsaron a buscar solución en el suicidio.

La pata de la raposa, es la historia de un hombre atormentado por un ansia de perfección. Alberto es tan "agonista" como cualquiera de los héroes de Unamuno. El autor busca desesperadamente una salida para el joven. Hay que "llenar la caja"-dice- y aconseja al joven cortarse la pata como la raposa con el fin de burlar el cerco de la muerte. Pero como en los autores del 98, había en el joven una verdadera contradicción entre su exaltación de la voluntad y la incapacidad personal o abulia para llevar a cabo cualquier empresa.

En Troteras y danzaderas, Alberto, que ha comenzado su vida de escritor recomendando la acción como remedio, termina retirado en sí mismo como observador. En todo caso, a eso quedó reducida la actuación política de los hombres del 98, que constituyeron, en primer término, una oposición intelectual. Al analizar esta obra, se puso de manifiesto las ideas de Ayala al respecto.

Por último, en la obra poética de Ayala, en la que el pensamiento domina al sentimiento, se encuentran también las principales características, tales como pesimismo, escepticismo, preocupación por el tiempo propias de la psicología del 98.

Con un estudio más detallado de la obra de Ramón Pérez de Ayala, se establecerá en un futuro, el lugar que debidamente le corresponde en las letras españolas. Pero lo expuesto hasta aquí, abunda en razones suficientes para incluirlo entre todos aquellos autores que han pasado a la historia como la generación de 1898.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS

I. LIBROS

- Pérez de Ayala, Ramón. A.M.D.G. La vida en un colegio de jesuitas. Madrid: Renacimiento, 1911. 266 pp.
- _____. Divagaciones literarias. Madrid: Biblioteca Nueva, 1958. 326 pp.
- _____. La pata de la raposa. Madrid: Editorial Saturnino Callejas, 1911. 320 pp.
- _____. Pequeños ensayos. Madrid: Biblioteca Nueva, 1963. 311 pp.
- _____. Política y toros. Madrid: Editorial Callejas, 1918. 291 pp.
- _____. Tinieblas en las cumbres (Historias de libertinajes), novela póstuma de Plotino Cuevas (pseudónimo), precedida por un prefacio del R.F.X. S.J., Madrid: Imprenta de Fernando Fe, 1907. 387 pp.
- _____. Troteras y danzaderas. Madrid: Mundo Latino, 1923. 350 pp. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1942.

FUENTES SECUNDARIAS

I. LIBROS

- Agustín, Francisco. Ramón Pérez de Ayala, su vida y su obra. Madrid: Espasa-Calpe, 1927. 351 pp.
Monografía sobre don Ramón Pérez de Ayala y su obra literaria.
- Balseiro, José A. El vigía. Tomo II. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1928. 401 pp.
Ensayos de crítica literaria acerca de Unamuno, Pérez de Ayala y Hernández Catá.

- Barja, César. Libros y autores contemporáneos. New York: Las Americas Publishing Co., 1964. 493 pp. Estudio de ocho figuras de la literatura española, incluyendo a Ramón Pérez de Ayala.
- Díaz Plaja, Guillermo. Modernismo frente a noventa y ocho. Madrid: Espasa-Calpe, 1951. 366 pp. Estudio crítico comparativo de las diferencias y el antagonismo entre la generación del 98 y el modernismo, con prólogo de Gregorio Marañón.
- Franco, Dolores. España como preocupación. Madrid: Editorial Guadarrama, 1944. 570 pp. Antología sobre textos de autores que han mostrado su preocupación por España desde el siglo XVII, hasta el presente. Presentación de Azorín.
- Gómez de Baquero, Eduardo (Andrenio). Novelas y novelistas. Madrid: Editorial Callejas, 1918. 333 pp. Estudio crítico de las obras literarias de diferentes autores, incluyendo a Ramón Pérez de Ayala.
- Lain Entralgo, Pedro. España como problema. Tomo II. Madrid: Aguilar, 1956. 581 pp. Resumen historiográfico desde la generación del 98, hasta 1936.
- _____. La generación del noventa y ocho. Madrid: Diana. Artes gráficas, 1945. 460 pp. Contiene las mismas materias del anterior, con la adición de un "Epílogo en tres tiempos."
- Manuel y Antonio Machado. Obras completas. Madrid: Editorial Plenitud, 1948. 1338 pp. Poesías y teatro lírico de ambos autores.
- Madariaga, Salvador de. Semblanzas literarias contemporáneas. Barcelona: Editorial Cervantes, 1924. 235 pp. Orientado hacia el público de lengua inglesa. Contiene ensayos literarios en la primera parte. La segunda, estudio crítico de cinco autores, incluyendo a Pérez de Ayala.
- Maeztu, María de. Antología siglo XX, prosistas españoles. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1952. 273 pp. La producción esencial de once escritores españoles del siglo XX, con comentarios sobre sus obras.

- Nora, Eugenio de. La novela española contemporánea.
Tomo I. Madrid: Editorial Gredos, 1948. 570 pp.
Entre los novelistas del 98 y el estudio al final
de Pérez de Ayala, analiza obras de escritores
olvidados por la crítica.
- Ortega y Gasset, José. Obras de José Ortega y Gasset.
Madrid: Espasa-Calpe, 1932. 1409 pp.
Colección de ensayos orientados directa o indirectamente a la circunstancia española.
- Patt, Beatrice P., and Martin Nozick. The Generation of 1898 and after. New York: Dodd, Mead and Co., 1965.
Antología de autores del 98 y de generaciones posteriores hasta la época presente.
- Río, Angel del. Historia de la literatura española.
Tomo II. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.
446 pp.
Estudio y resumen de la evolución de la literatura española desde 1700 hasta la época presente.
- Valbuena Prat, Angel. Historia de la literatura española.
Tomo III. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1960.
961 pp.
Comienza el estudio del siglo XVIII con el padre Feijóo, y cierra el último capítulo con la literatura española hasta los años cincuenta.

II. ARTÍCULOS

- Vabian, Donald. "Pérez de Ayala and the Generation of 1898." Hispania, Vol. XLI. No. 22 (May 1958), p. 156.
Señala la afinidad entre el pensamiento de Pérez de Ayala y la generación del 98.
- Gillespie, Ruth. "Ramón Pérez de Ayala, precursor literario de la revolución." Hispania, Vol. XV. No. 3 (May 1932), p. 216.
Analiza la influencia de Pérez de Ayala en el desarrollo político de España.

Rand, Margueritte. "Pérez de Ayala: Poet, Novelist and Essayist." Hispania, Vol. XLV: No. 4 (December 1932), p. 663.

Un análisis en síntesis de la obra literaria de Pérez de Ayala con datos biográficos.

Shaw, Donald L. "On the Ideology of Pérez de Ayala," Modern Language Quarterly, Vol. XXII. No. 2 (June 1961), p. 159.

Sostiene que Ayala fue el único escritor que tuvo éxito en encontrar respuestas afirmativas para las angustiadas interrogativas del 98.